

Cuando Jonah volvió a casa estaba oscuro como boca de lobo; en todo Cheapside no parecía haber una sola luz. Los comercios y talleres que conformaban la fachada de las casas de madera, en su mayoría estrechas y de dos plantas, habían cerrado hacía tiempo, y los nubarrones habían engullido el gajo de luna y las estrellas. Desde por la tarde caía una lluvia queda que había convertido las calles y las callejuelas en un viscoso lodazal y amenazaba con ahogar la tea de Jonah, que se dio por vencida definitivamente cuando ya se veía la casa. El muchacho la arrojó al suelo con despreocupación y cruzó la plazoleta que había ante la iglesia de San Lorenzo a buen paso. De la taberna Zum Schönen Absalom, situada enfrente, junto a la cuadra de arriendo de Robertson, salía un vocerío ahogado, pero en la calle no había nadie. Nadie salvo él. Llamó con reserva a la puerta de la pañería Hillock.

-¿Quién es? -preguntó una voz potente y aguda.

-Yo.

El portón se abrió sin hacer ruido y en el umbral apareció el quinceañero rispin con un equeño candil. A la titilante luz sus ojos parecían profundas oquedades vacías, y el chico protegía de la corriente la corta llama, que a Jonah se le antojó deslumbrante, con una mano. Jonah entró parpadeando, lo saludó con la cabeza y lo dejó atrás. Crispin se apresuró a echar el cerrojo y siguió a Jonah hasta la puerta trasera, que daba al pequeño patio interior de la casa.

-Te he estado esperando en lugar de irme a dormir, ¿sabes? Al menos podías decir gracias.

-Gracias.

Jonah apoyó la mano en la puerta, pero Crispin lo agarró del codo y se lo impidió.

-Será mejor que te quedes aquí. Estás... en un apuro.

El otro volvió la cabeza.

-¿Ah, sí?

Crispin hizo un movimiento afirmativo y bajó abatido los ojos.

-¿Dónde te has metido? La maestra estaba preocupada.

Jonah resopló desdeñoso.

-Ya lo creo. Al fin y al cabo iba con una bala entera de lana de primera.

-Se soltó, abrió la puerta y entró en el patio.

También estaba oscuro, si bien él no necesitaba luz para atravesar el pequeño cuadrado que tan bien conocía. Dejó a la derecha el gallinero y la desvencijada caseta de madera del retrete y avanzó entre los bancales de verduras hasta que su mano izquierda palpó el brocal del pozo. Justo detrás del pozo se hallaba la puerta de la cocina, que estaba bien engrasada y se abrió en silencio. Jonah se quitó la pesada y empapada capa, se la colgó del brazo y se puso a cubierto de la lluvia. Estaba muerto de hambre, y antes de presentarse ante su maestro quería ver al menos si encontraba un pedazo de pan o algunas sobras de la cena. Pero tuvo mala suerte. Apenas puso los pies en la cocina, se abrió una segunda puerta que llevaba a la escalera y al pasillo que comunicaba el comercio con la cocina y entró la maestra, y en su mano una palmatoria de latón con una vela. Él inclinó la cabeza de un modo casi imperceptible.

-Señora.

Ésta retrocedió, horrorizada: la sombra oscura en la cocina sin luz la había asustado. Cuando lo reconoció, sus ojos color avellana se entrecerraron y sus labios, por lo común más bien pulposos, se tornaron una estrecha línea blanca. El joven rostro, por naturaleza alegre, se volvió desagradable bajo la sencilla cofia blanca. Jonah comprobó, no por primera vez, pero con la misma perplejidad, que la ira hacía parecer casi el doble de larga su nariz.

-¿Ya has vuelto? -preguntó ella incisiva-. Y el señorito quería comer primero, ¿no? ¿Cuándo pretendías avisarnos de tu feliz regreso?

-Justo después -respondió él en honor a la verdad.

La mujer abrió la puerta por la que había entrado significativamente y apuntó al suelo con el

mentón.

-Si quieres comer, en el futuro sé puntual. Y ahora ve arriba zumbando.

Seguro que maese Hillock estará deseando escuchar tu historia. Con un pequeño gesto burlón el muchacho le cedió el paso y después la siguió por el estrecho pasillo y escaleras arriba. Los viejos escalones de madera gemían bajo su peso. Sobre el comercio se hallaba la estancia que hacía las veces de sala de estar en la casa de maese Hillock, aparte de la cocina la única habitación caldeada de la casa. Rupert Hillock estaba sentado con una jarra de cerveza y una vela a la mesa, próxima a la ventana, y leía un libro de relatos ingleses de historias bíblicas. Era un hércules con el cabello igual de negro y los ojos igual de oscuros que Jonah, si bien su rostro era más carnoso y rubicundo y estaba un tanto ajado y cubierto casi hasta la mitad de una poblada barba negra. Cuando vio entrar a su esposa y a Jonah cerró el libro, se levantó, extendió la mano sin decir palabra y se plantó ante su aprendiz. Éste abrió con parsimonia la modesta bolsa de cuero marrón que llevaba al cinto, vació su tintineante contenido y a continuación lo dejó caer en la mano de Rupert sin tocarla. Éste se puso a contar entre dientes.

-... dos, tres libras y seis, ocho, diez, doce, catorce, dieciséis, dieciocho, veinte chelines. Cuatro libras. Bien -gruñó de mala gana; y asintió y se metió el dinero en su talega-. ¿Dónde has estado todo el día, sinvergüenza?

-le preguntó.

-En casa del barón de Aimhurst. Tardó horas en recibirme.

-¿Le entregaste el paño a su esposa como te dije? -inquirió impaciente la esposa de Rupert. Jonah sacudió la cabeza.

-¿Por qué no? -quiso saber Rupert-. ¿Acaso no te encomendé que te aseguraras de que ella misma examinaba la lana en el acto? Se la hemos vendido demasiado barata, y la oferta debía servir de cebo; pero si se la confiaste a su doncella, no habrá valido la pena.

-Mandó decir que no estaba en casa.

-Y tú tan contento, ¿no?

-¿Qué iba a hacer? ¿Irrumpir en la sala?

Rupert le dio un fuerte bofetón, y Jonah se tambaleó a un lado y mantuvo el equilibrio a duras penas.

-¿A quién has malvendido mis veinticuatro varas de la mejor lana flamenca por cuatro libras, eh? ¡Desembucha!

-Al barón de Aimhurst. -A Jonah le costó reprimir una sonrisa.

Al final, a primera hora de la tarde el barón en persona tropezó en su antesala con el aprendiz de comerciante que aguardaba paciente a solas, le preguntó con aspereza qué quería y después, exasperado, le pagó el precio convenido por la lana antes de señalarle groseramente la puerta. Sin embargo, Jonah no se fue en el acto, pues tenía una noticia para el barón que él tenía que ver con la lana flamenca de Rupert Hillock... Rupert se quedó un instante sin habla. Luego se puso en jarras.

-¿Hablaste con el barón en persona?

Jonah asintió.

-¿Qué dijo?

El chico alzó brevemente los hombros.

-Nada más.

Pero Rupert había visto la delatora sonrisa burlona. Agarró al aprendiz por el brazo con una de sus garras, le dio otra bofetada y rezongó:

-¿Qué te dijo? ¡Haz el favor de responder, bastardo cazurro!

Jonah levantó la cabeza, se limpió con el dorso de la mano un poco de sangre de la comisura de la boca y miró a su maestro a los ojos.

-«Eso es muy propio de vosotros», dijo. «Este país se va al garete, ahorcan a Roger Mortimer en Tyburn como si fuera un vulgar ladrón, la ciudad entera está agitada y vosotros, los ricachones, no podéis pensar en otra cosa que en vuestras caras balas de paño.» El poroso rostro de Rupert enrojeció de un modo preocupante. Jonah trató de hacerse a la derecha, pero el puño le golpeó en el pómulo y él cayó al suelo. Se aovilló, mas no lo bastante aprisa. Una tremenda patada le dio en el estómago. El muchacho, jadeante, respiraba con dificultad y tosía sofocado. Quería incorporarse, sabía que tenía que huir, pero no podía moverse, de manera que se protegió la cabeza con los brazos y esperó. Sin embargo, antes de que le asestara otro golpe oyó un graznido furibundo:

-¡Rupert! ¡Ya basta!

-Abuela... -Rupert Hillock intentó sin mucho éxito conferir a su voz un tono amable, ocultar su miedo-. Creía que ya os habíais ido a dormir. La delicada anciana se acercó. Arrastraba la pierna izquierda, y la mano descarnada, deforme por la quiragra, se aferraba al elegante bastón de cuya ayuda dependía, si bien iba bien tiesa, el mentón -rodeado por el rebocillo gris perla- adelantado con agresividad. Cecilia Hillock, con sus casi ochenta años, era tan antañona que resultaba inquietante. Sin lugar a dudas era su férrea voluntad la que la mantenía con vida y ella era indiscutiblemente la temida cabeza de familia.

-Te has equivocado -espetó glacial-. Como de costumbre.

Jonah constató que al menos podía respirar superficialmente, aunque le resultaba doloroso y con el aire regresó la vida a su cuerpo. Se levantó del suelo sin hacer ruido y se sumió en la oscuridad cercana a la puerta, fuera del círculo de luz del hogar y la vela.

-Debería darte vergüenza, Rupert -prosiguió la vieja dama-. ¿Cómo te atreves a tratar así al muchacho?

Rupert Hillock alzó las manos casi con aire suplicante.

-Es rebelde e impertinente. Mi obligación es enseñarlo a no ir así por la vida.

Jonah no quería oír aquello.

-¿Puedo irme, señor?

-Tú te quedas -ordenó Cecilia.

-Es que no hace lo que le digo -objetó Rupert.

-Estoy segura de que tiene sus motivos.

-Abuela... -protestó Elizabeth, y enmudeció cuando los oscuros y vetustos ojos se posaron en ella.

-Será mejor que te calles -dijo en voz baja, pero claramente amenazadora-.

Si miraras menos por tu ambición y por los intereses de tu esposo y más por tus obligaciones, tal vez pudieras llevar a buen término un embarazo y darle un heredero a esta casa. Elizabeth se llevó una mano a la boca y dio un paso atrás. Jonah observaba a la anciana con una mezcla de fascinación y espanto. Qué cruel podía ser. Qué despiadada. Y con cuánta frialdad calculaba. Ésta le devolvió la mirada y le hizo una breve señal con la cabeza.

-Ten la bondad de acompañarme, Jonah.

Éste salió de buena gana de la sombra, le abrió la puerta y, sin dignarse mirar a Rupert y a Elizabeth, sin aguardar su permiso, salió en pos de la combativa anciana, la agarró del brazo con delicadeza y la condujo a sus aposentos, que se encontraban contiguos a la alcoba del señor de la casa, al fondo del pasillo y sobre la cocina.

-¿Y bien? -inquirió en voz queda al entrar-. ¿Qué te dijo Aimhurst?

Jonah cerró la puerta y aspiró el leve aroma a canela y lavanda característicos de la estancia. Le encantaba ese olor.

-Creo que no tiene mucha confianza en el joven rey -replicó el muchacho casi entre susurros, aunque estaban solos-. Pero está seguro de que pronto estallará una nueva guerra con Escocia, y

no le interesa la lana flamenca de Rupert para equipar a sus arqueros. Dice que es demasiado cara. Por el contrario se mostró muy interesado en vuestro paño. Dice que si podéis suministrarle diez balas de aquí a marzo. La anciana soltó un cacareo satisfecho.

-Nada más fácil. Bien hecho, Jonah. Bien hecho, como de costumbre.

No te arrepentirás.

Se sentó en un cómodo sillón, asió con ambas manos la empuñadura del bastón y sonrió para sí ensimismada. Jonah se acomodó a sus pies y acercó con la punta de los dedos el ardiente brasero. La nudosa y vieja mano le acarició la negra cabellera, que le llegaba por los hombros.

-Este joven rey nuevo podría cambiar muchas cosas. Se avecinan tiempos nuevos, ya lo verás.

-Pero el barón de Aimhurst no cree en el rey Eduardo -repitió Jonah, dubitativo.

La anciana resopló.

-Aimhurst es un necio arrogante como Rupert e, igual que él, demasiado estrecho de miras para reconocer que una nueva generación le va pisando los talones. No, no, Jonah. Con su osada vileza el joven Eduardo se ha ganado a pulso un derecho que era suyo por nacimiento. No acabo de creerme que ahora se haya amansado de pronto. Él es el futuro, y será un futuro intranquilo. El que se dé cuenta pronto podrá sacarle provecho. Jonah sonrió débilmente.

-Ah, estoy convencido de que ésa seréis vos. Tenéis una visión de futuro infalible.

A modo de ejemplo, ya en junio había augurado que la estrella de la reina madre y su ambicioso amante no tardaría en apagarse. Cuando, hacía escasas semanas, se precipitaron los acontecimientos de Nottingham, Mortimer fue capturado y la reina madre -haciendo caso omiso de sus deseos- fue enviada a la apartada heredad real de Berkhamstead, Jonah se preguntó si la vieja Cecilia no tendría una bola de cristal que consultaba de cuando en cuando a escondidas.

-Se lo debo a mi edad bíblica. No, no, muchacho. El futuro ya no reviste mucha importancia para mí, y viceversa. Más bien estaba pensando en ti. ¿Cuántos años tienes, Jonah?

-Dieciocho, abuela.

Ella apoyó la cabeza del muchacho en su rodilla, y el por lo común obstinado aprendiz cerró los ojos y se abandonó a las caricias de la vetusta mano.

-La misma que el rey -musitó Cecilia.

El hambre despertó a Jonah antes de que su gallo y los gallos de los patios vecinos dieran su matutino concierto. Se levantó sin hacer ruido, dobló su manta y metió bajo el mostrador de una hábil patada el saco de lana relleno de paja que le servía de cama. Acto seguido cogió el cubo para ir por agua para asearse y salió al patio. Aún no había claridad. El frío matinal lo hizo tiritar, pero el agua del pozo todavía tardaría unas semanas en helarse por las mañanas. Jonah miró con indolencia la cocina y luego las ventanas de la sala. Reinaban el silencio y la oscuridad.

Entreabrió la cancilla del gallinero, introdujo el brazo y tanteó la paja hasta dar con un tibio huevo. Tras cerrar la puertecilla con sumo cuidado, rompió con esmero la cáscara con el dedo índice y sorbió ruidosa, ávidamente su contenido. El acuciante hambre desapareció de golpe.

Tras aplastar la cáscara con el tacón y enterrarla en el bancal de las hierbas aromáticas siguió su camino. Cuando el gallo cantó, Jonah ya estaba afeitado. El joven Crispin, que desde hacía más de un año era aprendiz de maese Hillock y dormía en el comercio igual que Jonah, se levantó de súbito del jergón como si lo hubiesen pinchado.

-¿Es domingo? -preguntó soñoliento.

-Por desgracia no -repuso Jonah.

El aprendiz se mesó gemebundo las rubias greñas.

-¿Por qué no? Hace demasiado frío para levantarse.

Jonah le señaló la escoba que había contra la pared.

-El trabajo te hará entrar en calor.

Crispin refunfuñó malhumorado, se tomó su tiempo para levantarse, observó a Jonah bien por

vez primera y desvió la mirada de inmediato.

-Tienes un ojo morado -informó.

Como por iniciativa propia, la mano de Jonah se alzó y sus dedos palparon con delicadeza la hinchazón que tenía sobre el pómulo. Después se encogió de hombros, se volvió y se alisó la bata de una sencilla, pero buena lana gris marengo, que le llegaba por la rodilla.

-¿Te fue mal? -preguntó el muchacho, abatido.

-No. La vieja sargento llegó justo a tiempo y me rescató.

Crispin lo miró y sacudió la cabeza.

-¿Cómo puedes llamarla así? Es tu abuela. Y, de no ser por ella, hace ya tiempo que Rupert...

Jonah lo interrumpió con un gesto impaciente.

-Ve a orinar de una vez y luego pon algo de orden en la tienda.

El bondadoso Crispin hizo, como de costumbre, lo que le pedían. Salió sin más del comercio y concedió a Jonah unos minutos de soledad, pues sabía cuán valiosos eran para su amigo. Jonah afiló el cañón de las plumas y se cercioró de que los pedidos que habían de ser recogidos o entregados a lo largo de la mañana estaban listos. No le hizo falta consultar la lista que descansaba sobre la mesa: siempre sabía qué había que hacer en la jornada; conocía el negocio. En el fondo, Rupert Hillock ya no tenía nada que enseñarle. Pese a ello todavía le quedaban tres de sus siete años de aprendizaje, así constaba en su contrato, el cual, de creer a su abuela, su madre arrancó prácticamente en el lecho de muerte a su hermano, el padre de Rupert Hillock. Prefería no pensar en los tres años que aún tenía por delante. Se había acostumbrado a no pensar más allá del día siguiente. De ese modo, se le hacía soportable. De ese modo, ya habían transcurrido cuatro largos años.

-¿Presenciaste la ejecución? -le preguntó Crispin al volver.

Jonah negó con la cabeza.

-Entonces, ¿dónde estuviste todo el día?

Crispin dejó abierta la puerta trasera del comercio, agarró la escoba y devolvió al patio el polvo, las pelusas de lana y el barro seco que la clientela había traído consigo la víspera.

-No tan a lo bruto -advirtió Jonah-. Vas a llenar de polvo el género.

Con cariño, casi con reverencia, pasó los dedos por unas balas de estambre verde oscuro de rimera calidad de Salisbury. Adoraba el tacto firme y al mismo tiempo suave, así como el tenue olor a glauconita que le daba a la tela su color. La lana le fascinaba, tanto su variedad como su utilidad y su belleza. Desde la sencilla lana sin abatanar que cada ama de casa hilaba y tejía en el campo hasta el noble paño que se elaboraba en Flandes o Florencia, la lana vestía a labriegos y reyes desde tiempos inmemoriales, constituía un medio de subsistencia igual que el pan de cada día, pero también era mucho más que eso: la lana era el oro de Inglaterra, circunstancia ésta que criadores de ovejas, tejedores, bataneros y tintoreros conocían tan bien como él, aunque a veces le parecía que nadie salvo él conocía las posibilidades que este hecho brindaba. Su primo Rupert, por ejemplo, que regentaba su propio comercio desde hacía más de cinco años, sin duda lo desconocía. Y cuando Jonah pensaba en lo mucho que aún tenía que esperar para huir de la estrechez de miras de Rupert Hillock y poner en práctica las incontables ideas que abrigaba le asaltaba un desconuelo, una ira sorda y desamparada que lo enmudecía más aún de lo que ya era habitual en él. Por eso evitaba tales pensamientos. En contra de lo que muchos suponían, el desconuelo y la tristeza no eran su estado de ánimo preferido.

-Jonah, ¿estás despierto? ¿Es que no vas a responderme? -le urgió Crispin.

El aludido levantó la vista del verde paño.

-Estuve en casa de Aimhurst.

Resumió en unas pocas frases la encomienda mientras ambos disponían el comercio para el

nuevo día. No mencionó el pequeño negocio que había cerrado con el barón de Aimhurst por cuenta de su abuela. Crispin le caía bien, y lo más probable era que también pudiera fiarse de él, pero el muchacho era tan franco, tan profundamente ingenuo que semejante secreto le habría supuesto una carga. Mientras subían a desayunar, el aprendiz de menor edad no paró de hablar animadamente del tema preferido de Londres, del país entero a decir verdad, en ese momento: la inesperada subida al poder del joven rey Eduardo; qué clase de gobernante sería; si se parecía más a su débil padre o a su poderoso abuelo; si rompería la paz con Escocia, una paz que el odiado Mortimer había firmado en nombre del rey Eduardo y que todos los ingleses consideraban vergonzosa; cómo sería la joven reina flamenca Felipa, que en junio había traído al mundo a un príncipe heredero.